

ÉTICA DEL DESORDEN

Ignacio Castro Rey

1) ¿Cómo dialoga su último libro, *Ética del desorden*, con títulos anteriores como *Sociedad y barbarie* o *La depresión informativa*?

El libro con el que mayor relación tiene *Ética del desorden* es *Roxe de sebes. Mil días en la montaña*, debido a que en cierto modo, mirando de lejos, este libro actual viene de aquel largo periodo montañés donde se intentó fundar un sistema filosófico abierto, tan ambicioso como el horizonte mundano que nos rodea. *Ética del desorden* mantiene también con *Sociedad y barbarie* una buena relación parcial, pues el despliegue amplio y afirmativo que se hace ahora se esboza, con límites, en la crítica a la filosofía y la antropología de Karl Marx. Hay sin embargo dos libros relativamente recientes, *Votos de riqueza* y *La depresión informativa*, con los que *Ética del desorden* mantiene una seria distancia, por no decir una oposición. Mi filosofía está ahora lejos de aquellos dos volúmenes porque en ellos se hacía una crítica furiosa de los sistemas de coacción propios del capitalismo tardío. Por el contrario, pienso que en *Ética del desorden* la crítica es secundaria - o no "furiosa", al menos- en aras de afirmar lo más difícil, una relación abierta con el vértigo de la finitud. Si mi libro actual es tan largo es para intentar mostrar, tras el muro de líquidas ficciones que nos rodean, que la vida contemporánea sigue salvada por su irremediable relación con el sentido de la muerte. El hombre es "salvado" por la fuerza inhumana del exterior, algo no humano que sigue aquí: esto es *Ética del desorden*, un tratado que se dedica a pensar la importancia existencial, ética y política de lo no elegido por nosotros, que sin embargo alienta en el centro.

2) En la introducción a su ensayo nos advierte de que el vínculo entre ética y alegría ha sido peligrosamente olvidado. ¿El pánico que anuncia su subtítulo, y en el que parece que estamos inmersos, responde a una cierta "especialización" generalizada? ¿Cómo recuperar esa alegría?

Fiel a los estoicos, mi ensayo entiende que la ética no es un suplemento moral añadido a lo fisiológico, al mamífero que somos, sino nuestra más primaria *forma* de vida, que debe darle autonomía universal a lo que está en nuestra naturaleza corporal, esta sucesión de "accidentes" -heredar un carácter, unos ojos, tal color de pelo- que nos ha configurado. Por tal razón, pensada desde abajo y con todo lujo de detalles actuales, la *ética* es en mi libro idéntica a un modo de fuerza íntimo y expansivo, a la alegría de hacer la propia vida, que es única y no tiene equivalencia externa. Nuestro pánico actual, intermitente, proviene de que nos hemos retirado ante el sentido mortal de la existencia, de los signos de su curso elemental. Efectivamente, la especialización generalizada, que ha inundado cuerpos y mentes, nos impide entrar en nuestra comunidad terrenal e invertir el miedo desde dentro, desde

una condición humana que ha de dialogar con lo inhumano de una vida no elegida. De ahí el pánico ocasional que nos asedia, que es como un miedo desbocado al que no se le ha dejado tocar tierra y levantarse desde su fondo sombrío.

3) Usted ha escrito mucho sobre arte. ¿Qué papel juega la creación en ese encuentro entre lo absoluto y el instante? ¿Es la manera de conectar con el asombro y el enigma que hemos rechazado las sociedades demasiado tecnológicas?

Mi libro recuerda que si la industria conserva las cosas añadiendo una sustancia que altera la materia original, el arte conserva dejando ser a las cosas en sus límites, abrazando su caducidad. Amándola y entrando en su silencio, el arte hace de la finitud algo por así decirlo incorruptible. Es pues la tecnología más alta que poseemos, integrada en nuestro cuerpo y capaz de reconciliar el azar con la necesidad, lo singular con lo universal; lo mortal, con una eternidad suficiente. Hay arte allí donde un ser humano, aunque no sea un artista reconocido, consigue que la superficie de su vida se reconcilie con el fondo agitado que nos alimenta. Los cuadros de Rothko o Tàpies, la música de Cage o Camarón, es nuestra manera contemporánea de regresar a la emoción y el asombro de nuestros antepasados. Ellos tenían una tecnología punta para cazar y sobrevivir, pero también una vía de contacto con el misterio de ser que nosotros, en medio de esta cultura temerosa, hemos perdido.

4) ¿Y cómo afecta este exceso de positivismo a la política?

Al estar inundado todo nuestro horizonte por una histérica positividad, donde los claroscuros, la ambivalencia y el peligro han sido excluidos - hasta nuestro lenguaje políticamente correcto refleja esta obsesión puritana-, lo negativo ha de tomar formas abyectas, perversas, espectaculares. La dureza terrenal expulsada por nuestra puerta regresa entonces por la ventana, pero cargada de venganza. Dejando aparte unos inevitables "desastres naturales" para los que no estamos preparados, es significativo que la época de esta obsesiva Seguridad coincida con el retorno de formas de enfermedad, crimen y violencia casi apocalípticas. A la vez, entender la política como mera *gestión* de la legalidad o la opulencia, es normal que genere inesperados estallidos de masas y también una corrupción potencial nueva. Cada avance -el avión o el ordenador- genera su accidente específico, se ha dicho. Y un nivel de desarrollo masivo genera un accidente generalizado, tan masivo que es casi invisible: formas de diversión crueles, depresiones crónicas, enfermedades de autoinmunidad, delitos nuevos y maneras insospechadas de autodestrucción. Etcétera. Sin embargo, insisto, todo este panorama "apocalíptico" del mundo contemporáneo quiere estar en

mi libro envuelto por una dulzura arcaica que nos llama desde una atemporal condición mortal.

5) **Si *lo mismo es ser y pensar*, ¿se puede hacer filosofía únicamente desde el lenguaje del cuerpo, sin necesidad de la escritura? ¿Qué relación tiene, entonces, el verbo y la carne?**

Después del libro que he escrito no puedo contestar negativamente a esta pregunta. La gente común no necesita leer a Benjamin ni a Agamben para saber cómo ha de vivir. Basta con que el ser humano *escuche* lo que le rodea, por dentro y por fuera, y le dé forma, para que haya filosofía. De hecho, cada vez que leemos a un clásico, sea Platón, Agustín o Nietzsche, sentimos intensamente la fuerza de una vivencia común, que pertenece a todos los seres mortales, sean o no humanos. En el principio era el Verbo: la palabra y la carne son lo mismo.

6) **El principio de incertidumbre de Heisenberg permite, desde 1925, que la ciencia admita que la precisión arbitraria no siempre es posible. ¿Por qué considera que las Humanidades son más reacias a trabajar admitiendo territorios en los que la duda es necesaria?**

No estoy seguro de que siempre ocurra esto en las humanidades, pues también crece en ellas lo numérico. Aunque hay algo de cierto en lo que dice: mientras la psicología tiende a un cientifismo estadístico, la física se ha abierto a la indeterminación. En la ciencia naturales está claro que desde Heisenberg, Gödel, Schrödinger y otros, la incertidumbre y la discontinuidad es la ley. Pero en las humanidades y el arte también puede darse esta apertura a una "alta indefinición". Si atendemos, no a la lista de las celebridades aclamadas por los medios, sino a los auténticos creadores, veremos que la relación con la duda es casi siempre central. He mostrado con detalle que una mujer que debería estar siempre de moda, Clarice Lispector, es insuperable en la relación que mantiene con el agujero negro que sostiene el universo; con "un silencio que no duerme", dice ella. A su vez, en la sociología, en la antropología y el psicoanálisis hay también nombres propios muy atentos a los "fenómenos de borde" cercanos a la indeterminación.

7) **En ese sentido, ¿qué papel juegan las sombras en su propuesta filosófica?**

La sombra es lo que *nos sigue*, sin dejarnos. A veces incluso se *adelanta* al cuerpo, indicándonos un fantasma al que hay que atender. La sombra - *asombro* viene tal vez de ahí- es el primer amigo del hombre, como una zona de indeterminación y preguntas que suele cambiar nuestra vida. Esto ha sido así desde hace miles de años y no va a cambiar mañana. Y no hay una tecnología social para la sombra, distinta a la que cada cuerpo tiene integrada en su espontaneidad intuitiva. La sombra vuelve también, en forma de fallo inesperado, en la más alta tecnología. No hace falta ser hoy particularmente religioso o espiritual para admitir esto, una fatalidad ancestral de la que

debemos extraer nuevas luces. Fijémonos en que la *altaindefinición* de cierto arte actual de vanguardia, de Bill Viola a Sokurov, de Loznitsa a Guerín, es siempre emocionalmente inteligente hacia esa región central de penumbra. Pero es cierto que el Judaísmo, el Cristianismo y el Islam, han dicho algo particularmente penetrante al respecto. Es una pena que durante demasiado tiempo hayamos considerado a las religiones una superstición propia de culturas atrasadas. Ha sido éste un racismo conceptual que nos separó de las otras culturas y nos ha costado un poco caro.

8) Lo que sabemos es que la rutina adormece la mirada. ¿Es la literatura la mejor forma de *desfamiliarizarnos*? ¿Qué importancia tiene el estilo en la filosofía?

La literatura es una forma maravillosa, dulce o abrupta, de aceptar el extrañamiento, esta anomalía salvaje que *envuelve por dentro* a nuestra singularidad. De Walser a Handke, de Berger a Simone Weil, son legión los que nos han advertido del peligro natal que nos rodea; un peligro salvador, si se le atiende. Hemos preferido dejar a esos clásicos para la excepción cultural del fin de semana -en suma, para las pantallas-, mientras día a día vivimos bajo la religión de la economía y la cobertura de una seguridad ficticia. Lejos de esta ilusión, la literatura -incluso con nombres menores- sigue indicando otra orientación vital. Lejos de aquella ilusión, el estilo en filosofía -Nietzsche, Benjamin o Zambrano son sólo un ejemplo- es crucial para mostrar de manera amable algunas verdades difíciles. La forma depurada amansa la violencia del contenido, a veces concentrando el pensamiento en aforismos que valen un mundo. El estilo no es sólo la cortesía del pensador con su público, como decía Ortega, sino la única forma de acercarse a una verdad que no es fácil ni tiene una explicación consoladora. La belleza del significante es imprescindible para que la audacia del significado llegue a buen puerto. El estilo remata la rotundidad de una afirmación, la hace libre, descargando así al lector de la responsabilidad inmediata de creerla o no. La afirmación sigue ahí, vibrando sola. Es como la perfección sensible de una sesión musical, que te deja libre para tu propia escucha. Hasta en la escritura de los jóvenes militantes de Tiqqun, siendo tan política, se notaba esta generosa perfección metafísica.

9) Pensamos porque somos capaces de crear nuevos vínculos. Sin embargo, la filosofía siempre invita, entre otras cosas, a mirar hacia atrás. ¿La aceleración actual es un secuestro del presente? ¿El silencio es una forma de resistir a esa concepción del tiempo?

No hay forma de dar un salto hacia adelante, en la vida, la ciencia o el arte, sin modificar el pasado y echar al mismo tiempo un rápido vistazo hacia atrás. No se puede avanzar sin sugerir, aunque sea tácitamente, otra versión de cómo fueron las cosas. La aceleración actual, esta masiva velocidad de escape, es ciertamente una forma de secuestrar el reposo que necesita el presente para ser libre. Pero, como norma, le tenemos miedo a las preguntas que pueden

surgir de la quietud. El mundo no iría tan deprisa si no temiésemos una catástrofe que puede ocurrir cuando nos paremos y las sombras hablen. Sin embargo, el silencio, tan difícil hoy para nosotros, contiene en sí mismo una tecnología imprescindible para resistir al imperio de la cronología, esta cobertura que nos protege con el estrés de un continuo cambio de canal.

10) Leemos que “nadie ha hecho nunca una objeción a una nube mal formada”. ¿Cómo trasladar ese aparente desorden, donde se reconcilian azar y estructura, a un ética del día a día?

No es tan difícil, no puede serlo... Sobre todo teniendo en cuenta que, en el fondo, no tenemos otra opción. Nosotros también somos una "nube mal formada": mi nariz no es perfecta, ni mi fortaleza física; tampoco mis miedos pueriles, mis ideas o mi tono de voz. Además, ¿desde qué canon dictamos algo como *bien formado*? La perfección, la belleza, finalmente el bien, consisten solamente en que un ser se atreva a *descansar* en su imperfección constitutiva. Si no queremos caer en la banalidad inmoral de una ética dictada, es aconsejable admitir las propias grietas y cuidarlas, dándole forma a nuestra deformidad natal sin pedir permiso a nadie. Además, tampoco existe un orden externo que haya que obedecer... salvo que creamos en el dios Sociedad o en el dios Información. Hasta el antiguo Dios dejaba libertad al hombre, un albedrío sin el cual no podía haber ni virtud ni pecado. ¿Vamos a acabar inventado un dios social -una opinión pública- más autoritario y cruel que el de nuestros abuelos?
